

## PERUCHO

ELIO GÓMEZ GRILLO

ÚLTIMAS NOTICIAS, 26 DE JULIO DE 2004, PÁG. 23



**P**erucho, a quien bautizaron como Pedro Rincón Gutiérrez (1923-2004), era casi un adolescente cuando se marchó de su Maracaibo natal a la Mérida de ruanas encorbatadas, y entre fríos y neblinas se hizo médico a los 24 años de edad, en 1947. Su especialidad fue obstetricia, en la que se le designó profesor casi inmediatamente. Partero que trajo a la vida tantos merideños, se le convocó para que ayudase a parir una vida nueva para su Universidad de Los Andes. Asumió ese rectorado en 1958 y lo abandonó treinta (30) años después, en 1988, con intervalos de ausencia que le hicieron sumar un tiempo inverosímil de veintidós (22) años y siete (7) meses como rector.

Partero de esa Universidad que renacía, también se dedicó a hacerla. En la historia universal de la educación superior, pocas veces ha sido vista la realización de una obra universitaria de la magnitud que alcanzó la que Perucho llevó a cabo en la Universidad de Los Andes. Porque lo cambió todo. Él sabía que el que no cambiaba todo, no cambia nada.

Después, Perucho fue consejero presidencial, ministro, embajador. Pero nunca dejó de ser aquel hombre que ofrecía la tibia leche de la bondad humana. Íngrimamente honesto, cuando viajaba a Caracas, en ejercicio de su rectorado, llegaba a una modestísima habitación –buhardilla de un pobre hotel caraqueño- con un equipaje de estudiante provinciano. En una vieja y menuda valija traía una camisa, un par de calzoncillos y un libro de versos. Nada más. Cuando dejó de ser rector, el vehículo que tenía era un carrito muy viejo y muy barato.

Acaba de morir, octogenario. Pero eran ochenta años de juventud acumulada. Se marchó así, “ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”. Su Mérida le lloró, su Venezuela se conmovió con su pérdida, sus amigos, cada uno, le sentimos como un duelo de cada uno. Con vidas como la de Perucho—repetimos a alguien- la muerte pierde todo su señorío. (E)



Carlas

# PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ

ASDRÚBAL BAPTISTA  
PROFESOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA  
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Acaba de morir Pedro Rincón Gutiérrez. Con él cesa una condición humana singular, que no será fácil volvérsela a topar. Médico renombradísimo en la Mérida de los años cincuenta, fue heredero escogido de las luces de su maestro Antonio José Uzcátegui. Sus manos de partero, por los vaivenes de la vida, se tornaron en las de rector que graduaría a generaciones de estudiantes en la Universidad de Los Andes. ¡Cambió su profesión de partero por la de rector!, como solía decirlo con genuina simpatía y gracia.

Su vida determinó una historia que tuvo a Mérida en la mirada amorosa y a la Universidad de Los Andes –a la institución universitaria como refugio mayor de la vida espiritual del país, quiero decir- en el centro de los afanes. Pero sus tantas virtudes públicas no fueron, ¡caso valdrá decirlo!, el emblema de su longeva existencia. Amigo de la humanidad. Ese fue él, por sobre todo. Amigo fiel de la humanidad. Mérida misma habrá de tenerlo por siempre bajo su cobijo. Allí no había nacido, pero igual, entre el Colegio San José de los jesuitas, la propia Universidad de Los Andes y los amores que lo ataron, le dieron la condición de merideño que enalteció como muy pocos. Su simiente, sin embargo, está esparcida en todas partes.

Habrà Perucho entregado su espíritu con los ojos muy abiertos y, a su mejor usanza, con los brazos prestos al abrazo. Lo imagino diciendo, plácida y confiada la palabra: “Vengo del duro bregar y en pos de la cosecha”. “He aquí lo tuyo”, se le debe haber respondido, añadiéndosele de seguidas, “Ciento por uno”. Y a la vuelta, sin azoro ni estridencia, habrá entonces exclamado: “Me basta con menos de uno, Señor, y, si algo llegare a sobrar, pues, para los amigos”. (E)

# DON PEDRO, ¡ADIÓS!

## RAZONES Y PASIONES

ELEAZAR ONTIVEROS PAOLINI

EX-DECANO DE LA FACULTAD DE ODONTOLOGÍA DE  
LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Nuestra universidad, la construida con tu afán de anhelos, con la ilusión concebida en el aderezo de la entrega, hoy llora tu partida. Lloro también una sociedad a la que amaste en la concepción de la suprema importancia, de la razón de todos los esfuerzos. Lloro una familia desconsolada que ve partir el corazón generoso, saturado de amor, plétórico de entrega plena. Lloro el amigo que te amó con el sentido de la pertinencia guardada con el celo en las alforjas de la fidelidad.

Ahora, son tuyas sin limitaciones  
las alturas abismales  
acariciadas en constancia por los vientos  
en donde se afanan sin reparo los recuerdos  
acunados en exaltación de sentimientos...

Es toda tuya la inmensidad vertiginosa  
que salmodia en deificadas reverencias  
el ritual de la montaña quieta, eterna  
en la que con prontitud se abreva  
sin pausas ni mermas ampulosas  
el diáfano fluir de las reminiscencias...

Es tuyo el mundo de la nieve  
en la que se espeja en apuros de mañana  
la esperada luz del Dios de cada día  
exornando en complacencia humana  
la evocación de todos los tiempos de la vida...

Es tuyo el mundo del cóndor portentoso  
habitante alado de espacios y esplendores  
revestido en apuro de plumosos mantos  
pincelados en tenues colores invernales  
que invitan al beso virtual de los sabores  
al sentir juvenil de encantos sutiles y agraciados...

Es propiedad de tu espíritu el mundo de los velludos frailejones  
amigos encumbrados de la luna paramera  
que en genuflexión de adoración sin tregua

retoman el amor nimbado a sus quimeras...  
Es tuyo el mundo de precipitados ríos  
que en vehemencia diaria de deseos  
se aparejan con el lago de las tierras bajas  
crepitando en efluvios inconclusos  
la voraz espuma definida en ebúrneas alhajas...

Alero de almas de los que retornan  
emanación de plenos y dulces aromas  
codicia de ciertas y plétóricas formas  
jaculatorias que en versos  
melifluos sentidos conforman...

Y sobre lo demás, es de tu plena pertenencia el centro de todo  
en el norte, en el sur  
en el más allá del lindero  
la vieja casona de siglos  
de presencia austera  
habida en la esencia del andar ligero  
procurando en los hombres  
de soñar adusto  
formados en su augusta existencia  
lejanías infinitas de alcance señorero...

Es para siempre tuya  
la casa de los mágicos haberes  
de los decires que a todos se ofrecen  
la del regazo tibio, acogedor, materno  
fragua indetenible de los pensamientos

cuba sin igual en que la inteligencia  
define con el juicio cierto, apropiado  
sabores sin par de lo que se siente eterno...

Baluartes de esperanzas densas, acúmulo de tiempos y memorias  
abrevadero ubérrimo, profundo  
en que las juveniles ilusiones  
conjeturan devenires de la historia...

Es tuyo el teatro abierto a los coros insignes  
que entonando la presunción del ocaso  
con el aporte de enterezas y hombres  
pregoneros de logros deseados  
sin siquiera pensar en el fracaso...

Siempre estarás en la casa grande de tu amor  
esa que con exaltación se arroba  
al percibir que los habidos en su seno  
regresan a la tibieza abierta de sus brazos  
a recitar las oraciones, los clamores  
los Padres Nuestros de filiales pertenencias  
revestidas de noble solidaridad agradecida  
y a lamentar con aparejada pesadumbre  
la inevitable corroboración de las ausencias.

Dichosos los que como tú, sin restricciones  
repasaron afares, día a día  
en el denso historial de los haberes  
y sobre ellos construyeron osadías  
conjuros, ilusiones, utopías  
y un mundo pleno de querer. (E)

